

Palimpsestos y paradojas. Itinerarios histórico-políticos en Bolivia (1952-1993)

Magdalena González Almada
Rosario Barahona Michel

La historia boliviana muestra de manera conclusiva que no existe una nación única, homogénea y avasalladora en Bolivia. Emerge, más bien, una nación plural, heterogénea y contingente en continuo proceso de construcción.
PNUD, 2007

De los palimpsestos y las paradojas en la historia de Bolivia

En el marco de las temporalidades que confluyen y se tensionan en el desarrollo de la historia de Bolivia, hemos pensado en dos figuras literarias que contribuyen a la reflexión que nos convoca en este capítulo.

El palimpsesto refiere a un texto en el que conviven dos formas de escritura, una más antigua y una más reciente (Prosperi, 2016). En esta figura, la convivencia, no siempre armónica de ambos textos, permite la lectura de una escritura más evidente y una oculta, tapada, borrada. Si bien en la Antigüedad la utilización y reutilización de pergaminos impuso la forma del palimpsesto, nos interesa la idea de enfatizar la heterogeneidad que supone el encuentro de ambas escrituras y la potencialidad que la lectura, minuciosa y atenta, permite realizar de ellas.

Entendemos que, para el caso boliviano, la figura del palimpsesto aplicada al estudio historiográfico de la segunda mitad del siglo XX, involucra un análisis detenido de las tensiones sociales y políticas que conviven en un mismo plazo de tiempo. La cuestión de la visibilidad/invisibilidad que supone el palimpsesto, en el sentido de aquella escritura antigua que subyacía a la actual, funciona metafóricamente para pensar la “contemporaneidad de lo no contemporáneo” que trazaremos en nuestro trabajo. La reunión de los tiempos heterogéneos y de los relatos que emanan de ellos, implica una conjunción problemática e inestable que requiere del

investigador una atención cuidadosa en cuanto a los diversos acontecimientos que marcan la historia de Bolivia. Así, de esta manera, nuestra aproximación al problema que plantea el estudio del devenir histórico boliviano y de los sujetos que protagonizaron los acontecimientos más relevantes, debe contemplar tanto los hechos que se desarrollaron en el plano del estado-nación cuanto los que se manifestaron en el plano de las diversas organizaciones indígenas que tensionaron a los primeros.

De estas tensiones, surge la segunda figura literaria que utilizaremos en este capítulo: las paradojas. Entendidas como “una idea extraña, opuesta a lo que se considera verdadero o a la opinión general” (Fedriani Martel, 2003:38) la paradoja adquiere relevancia en el trabajo que presentamos en este capítulo. En el plano de la inestabilidad que ya hemos planteado, se observan las paradojas como acontecimientos contradictorios, por momentos opuestos, que, no obstante, cobran sentido en la reunión de sus elementos. Así, los nuevos significados que emanan del encuentro de estas contradicciones sostienen, desde nuestro punto de vista, la problemática de la historia en Bolivia.

Más allá de los palimpsestos y paradojas, figuras a las que apelamos en un sentido metafórico, este capítulo revisa documentos varios que dan cuenta, a través de sus particulares narrativas, de los procesos históricos que impactan en el relato histórico contemporáneo. Metros y metros lineales de documentación que, en definitiva, conforman la identidad boliviana.

En este trabajo, recorreremos una parte de la historia boliviana, que, a su vez, no puede comprenderse sin mirar retrospectivamente, esto es, sin remitirnos a la idea de pasado colonial, quizá palimpsesto o paradoja, pero documento, finalmente.

Desde el mundo colonial hacia el proyecto de nación

El proceso de “asentamiento” cultural e identitario de la etapa colonial fue más o menos lento. Como es ya conocido, la primera institución “oficializada” por la corona española fue la Real Audiencia, que gozaba al mismo tiempo del título de Cancillería Real de los Charcas. Ante la ausencia

de una curia eclesiástica -pues conocemos que comienza a funcionar aproximadamente a mediados del siglo XVIII- es esta instancia la que atiende todos los casos en su totalidad, llámense pleitos o querellas. Por tanto, el derecho utilizado en este espacio charqueño es el español, que según los casos fue determinándose individualmente, extendiéndose aún a las comunidades indígenas y a los caciques principales de las mismas¹.

Ahora bien, para el estudio del siglo XVIII, Rosse Marie Buechler (1989), especialista en minería colonial, apunta que:

La introducción de las reformas borbónicas produjo un incremento patente en el número de los individuos que deseaban arrendar los ingenios potosinos. Como muchas otras parecidas, esta no era una tendencia predominantemente sana. El “Comercio Libre” atraía al Alto Perú a un gran número de españoles desocupados, con infladas esperanzas de hacer su fortuna por medio del comercio. Luego que una creciente competencia indujo a que las ganancias no correspondieran a las expectativas, muchos de ellos decidieron dedicarse a la minería, y lo hicieron no solamente con la mira de mejorar su suerte futura, sino con frecuencia para evadir las consecuencias de imprudencias o aun de desaciertos pasados. Pues era un hecho que una vez incorporado en el Gremio, el ex mercader podía contar con la protección del fuero de minería contra cualquier intento de acción judicial por parte de sus acreedores. Además, el ser miembro del Gremio tenía la atracción del acceso a las facilidades ofrecidas por el Banco” (340-341).

Tomando en cuenta que el Gremio al que se refiere no es otro que el ilustre Gremio de azogueros, ubicado, como no podía ser de otra manera, en Potosí, diremos que su existencia influía también en La Plata pues muchos de sus casos se atendían en la Real Audiencia, como tribunal mayor de justicia, pues es de suponer que los empresarios mineros generaban gran cantidad de pleitos.

De la nación

Los proyectos nacionales latinoamericanos han resultado conflictivos, desde sus inicios, debido a la inestabilidad social y política vinculada a diversas heterogeneidades manifestadas a lo largo de sus trayectorias históricas.

¹ Hay que comprender, sin embargo, que las comunidades indígenas poseían su propio derecho, aunque en las más de ocasiones, sus problemáticas fueron llevadas a los estrados de la Real Audiencia. En la actualidad en Bolivia se estudian diversos programas académicos sobre derecho indígena, aunque lamentablemente no todos guardan una mirada histórica que se remonte hasta este siglo.

La imposición por generar un consenso muchas veces ligado a las aspiraciones homogeneizadoras y estandarizadas de las elites dominantes, llevan a estas naciones -en el marco de su situación colonial²- a someterse a los proyectos nacionales hegemónicos.

Una de las dimensiones más problemáticas para evidenciar estas inestabilidades, tiene que ver con la temporalidad. Tanto Partha Chatterjee (2008) cuanto Rita Segato (2007), Silvia Rivera Cusicanqui (2010), Zavaleta Mercado (2013) y Javier Sanjinés (2009) reconocen una temporalidad inestable, por momentos confusa, en la que se desarrolla el devenir histórico de las naciones coloniales.

En este sentido, en Latinoamérica, el problema de la temporalidad se basa en una tensión con la modernidad y, en consecuencia, con la idea de nación. Esta “idea de nación” (Heredia, 2005) se apoya en una posibilidad de nacionalidad para los sujetos que aspiran a una ciudadanía plena en el ejercicio de sus derechos. Sin embargo, el tiempo de la modernidad se opone al pasado histórico de los sujetos que ingresan al tiempo de la nación.

Rita Segato (2007) propone que “afirmar la diferencia de las culturas en un sentido denso es afirmar la posibilidad de que otros valores y otros fines orienten la convivencia humana” (18). Esta afirmación problematiza el hecho de que en el marco de una nación se considere que todos sus componentes se identifiquen con los mismos valores culturales, con un mismo tiempo y con un mismo territorio. En efecto, Segato en *La nación y sus otros* sostiene que es preciso atender a la emergencia de “antagonismos históricos complejos” (20) surgidos en el seno de cada nación que evidencian las diferencias étnicas y culturales. En su investigación, la autora entiende que

En mi utilización de la idea de heterogeneidad, mi énfasis está colocado en la multiplicidad de los sujetos colectivos que luchan por producir, en el sentido de retomar o dar continuidad a, sus narrativas históricas propias como urdimbres tramadas colectivamente en el tiempo, originando “tiempos” históricos diferentes, aunque articulados entre sí y compartiendo el mismo horizonte nacional (21).

² Entendemos que las naciones latinoamericanas, pese a encontrarse en un periodo histórico que tiene como centro de la organización política a la república y al estado-nación, continúan inmersas en una lógica colonial que las ubica en una condición desigual en cuanto a las relaciones de poder que se establecen con los países centrales.

Partha Chatterjee en *La nación en tiempo heterogéneo* (2008) plantea ciertas inestabilidades que se presentan en las naciones coloniales:

la homogeneidad se desintegra en un plano, tan solo para reaparecer en otro. La heterogeneidad, imposible de ser negada en un punto, es forzosamente suprimida en otro (77).

La propuesta teórica de Chatterjee se vuelve sugestiva porque traza la noción de “política de la heterogeneidad” que

nunca puede aspirar al premio de encontrar una fórmula única que sirva a todos los pueblos en todos los tiempos: sus soluciones son siempre estratégicas, contextuales, históricamente específicas e, inevitablemente, provisionales (84).

Es decir que, en esta política de la heterogeneidad, la condición histórica de los pueblos de las naciones coloniales es contemplada, incluso cuando las presiones de los grupos dominantes pugnan por apartarlos de los relatos históricos.

Para el caso boliviano, que es el que nos convoca en este capítulo, observamos los estudios de Javier Sanjinés (2009) y Silvia Rivera Cusicanqui (2010) quienes toman de Ernst Bloch ([1918]2000) la idea de que existen “registros temporales diferentes, es decir, no coetáneos” (Sanjinés, 2009:164). En palabras de Bloch se trata de “la contemporaneidad de lo no contemporáneo” (164). Para Rivera Cusicanqui las “contradicciones no coetáneas” (2010:11) indican una complejidad al momento de pensar la historicidad boliviana. Rivera plantea “la coexistencia simultánea de una multiplicidad de capas, “horizontes” o “ciclos” históricos” (11). Estos horizontes³ coexisten, es decir, no se propone un ejercicio historiográfico que plantee una historicidad lineal y consecutiva, sino que los diversos horizontes se superponen: el horizonte colonial que se inicia en 1535 con la llegada de los conquistadores españoles al territorio de la actual Bolivia; el horizonte liberal que se inicia en 1870 y el horizonte populista desde 1950. Lo paradigmático de estos horizontes o ciclos históricos tiene que ver con su continuidad desde el pasado hacia la contemporaneidad, lo que explica las tensiones y contradicciones de la contemporaneidad de lo no contemporáneo. Desde la perspectiva de Rivera

³ Rivera Cusicanqui (2010b) identifica tres horizontes o ciclos: el colonial, el liberal y el populista.

Cusicanqui, cada uno de los diversos horizontes encubre los mecanismos opresores del ciclo anterior.

René Zavaleta Mercado, en su propuesta epistemológica fundada en una teoría local, desarrolló una reflexión referida al horizonte de posibilidades que presenta lo nacional en Bolivia. Sus primeras aproximaciones parten de la certeza de que la boliviana es una sociedad heterogénea y compleja. Su noción de abigarramiento o sociedad abigarrada representa, para los estudios sociales referidos a la nación altiplánico-amazónica, una herramienta teórico-metodológica de gran potencialidad que contribuye al análisis de los fenómenos que caracterizan a Bolivia. Para Zavaleta coexisten formas arcaicas y formas modernas que se encuentran y se tensionan no solo en el ámbito económico, por ejemplo, sino también en los planos sociales y políticos. En el marco de este planteo, Zavaleta afirma que “la forma abigarrada y desigual de la sociedad impide en una gran medida la eficacia de la democracia representativa como cuantificación de la voluntad política” (2013:103). Esto quiere decir, para el sociólogo orureño, que las intermitencias políticas en Bolivia podrían explicarse a partir de esta coexistencia de formas, de planos, de tiempos:

tenemos [en Bolivia] verdaderas densidades temporales mezcladas, (...), no solo entre sí del modo más variado, sino que también con el particularismo de cada región, porque aquí cada valle es una patria, en un compuesto en el que cada pueblo viste, canta, come y produce de un modo particular y habla todas las lenguas y acentos diferentes sin que unos ni otros puedan llamarse por un instante la lengua universal de todos (105).

Ciertamente, estas relaciones abigarradas, que confluyen en un mismo espacio y tiempo representan para Zavaleta un problema de difícil solución a la hora de observar la distribución y administración del poder. Para este autor, la falta de articulación entre estas “capas”⁴ es la consecuencia de una “temporalidad trágica” que “está hecha de rutinas y de crisis, que son a la vez los ritmos del (des) o (auto) conocimiento que permiten” (Souza Crespo, 2013:19). Esta es la razón por la que

⁴ Zavaleta utiliza con frecuencia metáforas relacionadas con el ámbito de la geología: “la abigarrada es una formación que visualiza un trabajo del tiempo por el que diferentes materiales geológicos son mezclados y estratificados muy distintamente” (Souza Crespo, 2013: 20).

la pretensión de una gramática universal aplicable a formaciones diversas suele no ser más que una dogmatización. Cada sociedad produce un conocimiento (y una técnica) que se refiere a sí misma (Zavaleta Mercado, 2013:107).

La idea de Bloch, tomada por Sanjinés, de que

la historia no es una entidad que avanza en línea recta, ni tiene al capitalismo como etapa final resolutoria de las etapas previas; es, por el contrario, una entidad polirítmica y multiespacial, con atajos no dominados, resueltos o revelados (Bloch, 2000:62 en Sanjinés, 2009:165)

contribuye al debate de la construcción nacional desde lo étnico. Esta cuestión es, posiblemente, una de las problemáticas más profundas en la discusión referida a la nación boliviana y su devenir histórico. Para abordar esta reflexión es preciso considerar el tiempo heterogéneo (Chatterjee, 2008) y las tensiones y distensiones en las que se configuran las dinámicas sociales y políticas. Es, de este modo, que las indagaciones respecto al desarrollo de la historia boliviana de la segunda mitad del siglo XX adquieren su potencialidad al momento de analizar esta narrativa y su impacto en acontecimientos que pueden haber quedado marginados de la “historia oficial” boliviana.

Por ello, este capítulo se propone como una indagación sobre la historia boliviana que abarca el periodo comprendido entre los años 1952 hasta 1993 y los hechos más relevantes acaecidos en ese marco temporal. En efecto, hemos estructurado este capítulo con una sección dedicada al relato histórico desarrollado en el plano de una política estatal republicana y otra sección en la que nos dedicaremos a indagar el desarrollo histórico de los movimientos indígenas. Examinaremos, puntualmente, el más relevantes de ellos para la época: el movimiento katarista. De esta manera, el capítulo postula un desenvolvimiento histórico para Bolivia que no puede desconocer las abigarradas estructuras sociales y políticas que, en numerosas ocasiones, explican y evidencian las causas y consecuencias de las crisis e inestabilidades que atraviesa el país andino-amazónico.

De la república

Los albores decimonónicos y la guerra de independencia, nos conducen hacia las ideas de revolución y ciudadanía. Esther Aillón afirma que

Una primera cuestión es ¿cómo podemos entender la Ilustración a inicios del siglo XIX? Debemos tomar en cuenta que ha sido uno de los temas más tradicionales de la historiografía, que la entendió como una esfera separada, como la “alta cultura” (...) Como veremos, en la época de la independencia, en Charcas como en Hispanoamérica, se leían obras que circulaban en el mundo atlántico, había lecturas en común y también había un debate alrededor de nuevos referentes políticos y sociales (2010:2).

Paola Revilla dirige su mirada hacia los hechos revolucionarios y postula que

A casi doscientos años de los primeros síntomas del movimiento subversivo y con miras revolucionarias de 1809 en Charcas, podemos afirmar que los jóvenes doctores de San Francisco Xavier abrieron paso a la lucha por la emancipación en otros países, siendo su dinamismo una característica del fenómeno revolucionario charqueño. Tal es el caso de Jaime de Zudáñez, abogado de los pobres en La Plata, quien se convirtió en uno de los revolucionarios trashumantes en Charcas. Privado de la libertad por Nieto, en 1810, se benefició con la amnistía que las Cortes de Cádiz, en octubre de aquel mismo año, concedieron a los participantes de las conmociones en América. Entre 1811 y 1814 encontramos a Zudáñez en Santiago de Chile, donde fue Canciller y asesor de Bernardo O’Higgins (2010: 175).

Rossana Barragán, por su parte, reflexiona acerca del concepto de ciudadanía:

La primera vez que se planteó el tema de la ciudadanía en relación a nuestro país fue en 1812 es decir antes de que Bolivia fuera independiente en el marco aun del imperio español. Fue entonces la constitución liberal española aplicada a toda América que planteó el tema de la división de los poderes de la representación y de la soberanía. La ciudadanía implicaba por primera vez la concepción de personas que podían tener derechos porque antes que eran simples súbditos del rey (2006:26).

Ahora bien, la primera mitad del siglo XIX en Bolivia estuvo marcada por la obra de José María Dalence⁵ [1851] que además de constituirse en un estudio completo sobre la sociedad y realidad bolivianas, nos transmite la cosmovisión del hombre boliviano decimonónico. En este sentido, Dalence escribió:

La libertad civil tiene todas las garantías de los bolivianos. Juzgo que por estas noticias basten leyes de Bolivia invitan a todos los hombres a venir a su territorio, donde su a manifestare el espíritu protector que

⁵ José María Dalence (1782-1852), orureño de nacimiento, fue un abogado y político, quien por mandato del entonces presidente José Ballivián fue nombrado presidente de la Junta de Estadística, por lo que le fue posible conformar el estudio del *Bosquejo Estadístico de Bolivia*.

en nuestro sistema de gobierno predomina; y que en él tiene la industria individual cuanto apoyo ha menester⁶, para desenvolver los gérmenes de riqueza que intactos y casi ocultos existen en el seno de la República. Lo que más consuela en este particular es, que las doctrinas que enuncio van penetrando ya en las masas, embebiéndose en sus hábitos, y arraigándose de tal modo que pronto formarán sus habituales creencias. Por esta causa, ni los trastornos políticos, ni las reformas de las constituciones, ni sus principios generales. Con tales garantías solo falta, que dejándonos nosotros de nuestras rencillas y de sus mezquinas ambiciones, los gobernantes explotemos todos los intereses materiales de nuestra patria para ser tan ricos y venturosos, como los que más (Dalence, 1851 en Finot, 1943:247-248).

El siglo XIX boliviano culmina con dos importantes hechos: por una parte, las luchas indígenas lideradas por Pablo Zárate Wilka, y por otra, la Guerra Federal de 1899⁷, que implicó la sustitución del partido conservador por el partido liberal en el poder y cuya consecuencia política en lo posterior fue el cambio de la sede de gobierno de la ciudad de Sucre a La Paz.

Por último, de acuerdo al apogeo de las ideas de “progreso” de las sociedades occidentales, el gran acontecimiento que cierra el siglo es el censo general de la población de la república, llevado a cabo en 1900, durante la gestión del presidente José Manuel Pando⁸.

El periodo liberal conservador se extiende desde finales del siglo XIX hasta los años 30 del siglo XX. Los hitos más importantes de la primera mitad del siglo son la Guerra del Chaco (1932-1936) y la Revolución del 52. Bolivia atraviesa numerosos cambios en esta etapa. La mayoría de ellos tienen que ver con las inestabilidades, los arrebatos en el gobierno, las pujas por el poder y la preocupación constante acerca del lugar que ocuparía el indígena en los diversos proyectos nacionales. Desde las posturas ancladas en la perspectiva positivista de Alcides Arguedas hasta las telúricas reflexiones de Franz Tamayo, Bolivia pugnaba por dialogar con el mundo, incluso pese a su “enclaustramiento” ocasionado por la pérdida soberana de una salida al mar (1879).

La Guerra del Chaco transcurrió entre 1932 y 1935 y, en consecuencia, Bolivia perdió territorio en favor de Paraguay. Entre las causas de la guerra

⁶ Ha menester, ha de necesitar.

⁷ Sobre la temática, ver Mendieta, 2010.

⁸ Ver el nutrido trabajo que cuenta con estudios especializados, titulado *Bolivia en 1900. Censo general de la población de la República de Bolivia, según el empadronamiento de 1 de septiembre de 1900*, edición facsimilar reeditada por el Archivo y biblioteca Nacionales de Bolivia, Sucre, 2012.

se encuentra el impulso dado por intereses extranjeros (holandeses e ingleses) que procuraban encontrar yacimientos petrolíferos importantes en la zona del sudeste boliviano. Se trata de una guerra que pretendía ocultar la inoperancia política del gobierno de Daniel Salamanca, una guerra que quería resarcir moralmente al país de lo anteriormente perdido: los territorios del Litoral -y con él de la salida al mar- y del Acre situado al norte del país y ganado por Brasil (Klein, 1995; González Almada, 2014).

De estos procesos históricos y políticos, surge una nueva generación que de vuelta de la guerra pretende cambiar el estado de cosas:

la Guerra del Chaco, especialmente al traer la fantástica derrota y frustración, reveló a la nación todas sus notorias faltas, y ciertamente no había excepción en esta reacción, produciendo su propia “generación del Chaco” (Klein, 1995: 213).

El modelo liberal conservador que imperaba desde 1880 se verá agotado dando paso al gobierno de leve inclinación de izquierda liderado por los militares héroes de la guerra David Toro y Germán Busch. Los intelectuales y escritores también debatirán el presente y el futuro del país al clausurarse un período que solo había acarreado pérdidas materiales y simbólicas.

La urgencia por la redefinición del sujeto nacional nace como una necesidad del momento. Atrás quedan las teorizaciones de Franz Tamayo y Alcides Arguedas y surgen no solo las críticas propias de los nuevos tiempos sino también las nuevas formulaciones y las nuevas miradas sobre los hechos acaecidos en el Chaco:

El realismo de la novela de la guerra del Chaco tuvo un profundo impacto en los hombres de esa época y en las futuras generaciones intelectuales de Bolivia, al hundir el análisis de la guerra profundamente en la conciencia de la nación (214).

La Revolución del 52 implica para la historia de Bolivia un proceso profundo de esperanzadas estrategias políticas que pretendían conducir al país a un nuevo estadio de quiebre total con el pasado de desigualdad social anterior. Dos bastiones importantes confluyen en este proceso: la participación activa de la Central Obrera Boliviana y el sustrato intelectual de los miembros del Movimiento Nacionalista Revolucionario, con la destacada participación de Augusto Céspedes y Carlos Montenegro, verdaderos artífices de los fundamentos movimientistas (Klein, 1995). Las

ideas principales del MNR son el resultado de las que empezaron a crecer luego de la guerra del Chaco y se pueden encontrar en detalle en la obra de Montenegro *Nacionalismo y Coloniaje* ([1943]1998). Una vez alcanzado el poder en 1952, asume la presidencia Víctor Paz Estenssoro y al poco tiempo comienzan a evidenciarse las fracturas en el movimiento. En el marco de esta situación, y más allá de las críticas que puedan hacer de estas circunstancias políticas e históricas los estudiosos del pensamiento boliviano como Silvia Rivera Cusicanqui (2010b) -como veremos más adelante- en el marco de la Revolución se lograron avances en lo que respecta a acceso a derechos y a la ciudadanía. Fueron logros de la Revolución el voto universal, el robustecimiento de la clase media, el fortalecimiento de los sindicatos mineros y la sindicalización de los trabajadores rurales reunidos en la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), la Reforma Agraria, entre otras. Con respecto a estos dos últimos acontecimientos, los movimientistas quisieron ocultar el problema indígena en tanto problema de la tierra y en tanto problema étnico, convirtiendo al indígena rural en campesino e intentando repartir la tierra de forma igualitaria. Ambos intentos de “solucionar” el problema del indígena y su postergación, no fueron exitosos en profundidad: no es posible reducir al indígena rural a “campesino” sin que medie un proceso de ocultamiento de la identidad del indígena y sus prácticas; y el reparto de tierras tuvo, a largo plazo, consecuencias nefastas en la economía agrícola y en la tenencia de tierras actual, viéndose más perjudicado el altiplano boliviano en beneficio del oriente del país que mantuvo el latifundio.

Más allá de esta cuestión, es preciso destacar que la Revolución impulsó la nacionalización de las minas que hasta entonces habían pertenecido a los llamados “barones del estaño” (Klein, 2008; Mesa, Gisbert, Mesa Gisbert, 2003): Simón Patiño (1860-1947), Mauricio Hoschild (1881-1965) y Carlos Víctor Aramayo (1889-1982). Con anterioridad al decreto de la nacionalización firmado el 31 de octubre de 1952, las minas dejaban escasas regalías en manos del Estado. Entre los meses de abril y octubre se trabajó en una comisión que aspiraba a desestructurar el poder de los barones del estaño y a entregar el control a la Central Obrero Boliviana. La

nacionalización devolvía al Estado todos los bienes de las empresas de Patiño, Hoschild y Aramayo. Así, se creó la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) y, con ella, el Estado pudo transformar el control de la economía con la nacionalización de las minas.

La propuesta del MNR auspicia el apartamiento de las oligarquías de los sectores del poder político. La revolución del 52 desplazó a la clase dominante que regía el país, expropiando minas y latifundios y, en general, permitió el pasaje de una economía semifeudal, apoyada en la actividad agrícola y en la minera, a una economía básicamente controlada por el Estado en más del 70%. El éxito de la Revolución tuvo con ver con la creación de una burguesía que sin haber logrado estructurarse realmente como clase coherente, intentó industrializar al país (Klein, 1995).

Al colocar en los lugares de poder al sector burgués de la clase media, el indígena es ubicado por los movimientistas y la COB en la categoría universal “campesino”, acuñada por la Revolución para proletarizar al trabajador rural. Sin embargo, las medidas políticas y sociales vinculadas a lo rural como la repartición de tierras y la voluntad de proletarizar al indígena, no fueron efectivas. Silvia Rivera Cusicanqui dirá a partir de algunas de las medidas de la Revolución del 52:

los derechos humanos del indio solo se reconocen cuando deja de ser indio y asume rasgos del ciudadano occidental: propietario, escolarizado, mestizo, productor y consumidor mercantil, etc (Rivera Cusicanqui, 2010b: 58).

De acuerdo a esta perspectiva, las medidas que pretendían beneficiar al indio, acabaron, según la visión y análisis de Rivera Cusicanqui, oprimiéndolo, normativizándolo y colonizándolo nuevamente.

Así, la Revolución también reproducirá un modelo de gobierno que desplazará a los indígenas y a los cholos porque el sujeto nacional será un intelectual de clase media. Sin embargo, y pese a las políticas en beneficio de los indígenas, el auge del MNR como gobierno progresista y obrero y sus intenciones de instalar la igualdad social decaen rápidamente subyugándose a los intereses extranjeros principalmente (Klein, 1995). Herbert Klein en *Historia de Bolivia* (2008) afirma que la Revolución del MNR y de la COB no encontró demasiadas resistencias del gobierno de Estados Unidos ya que

“la embajada estadounidense recomendó proseguir la ayuda a Bolivia y aceptó la posición de Paz Estenssoro en sentido de que él y su régimen eran la única alternativa a la toma del poder por los comunistas” (245).

De acuerdo a la *Historia de Bolivia* (2003) de José Mesa, Teresa Gisbert y Carlos Mesa Gisbert, Víctor Paz Estenssoro (1907-2001) es la figura política más relevante del siglo XX en Bolivia:

En 1941 fundó, junto a un destacado grupo de políticos e intelectuales, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, partido del que fue jefe durante casi cincuenta años (1941-1990). Fue ministro de Economía (1941) y ministro de Hacienda y Estadística (1943-1945) (654).

Fue presidente de Bolivia en cuatro ocasiones. Entre los años 1952 y 1956 y entre 1960 y 1964. En 1964 fue elegido por tercera ocasión, pero no concluyó su mandato al ser derrocado por su vicepresidente, el General René Barrientos. En 1985 fue elegido por cuarta vez y su mandato finalizó en 1989.

Entre otras reformas que Estenssoro promovió en su primer gobierno, se encuentra el robustecimiento de la oligarquía de Santa Cruz de la Sierra:

la oligarquía cruceña pasó a ser una burguesía agraria, al ser reconocidas por la reforma agraria las empresas agrícolas, beneficiadas además por la ayuda norteamericana, las divisas fiscales y el uso de capital generado por la COMIBOL. (664)



Fotografía disponible en <http://www.condistintosacentos.com/estados-unidos-y-las-revoluciones-de-america-latina-el-caso-de-bolivia-1952-y-el-rol-de-la-argentina-peronista/>

Durante el primer gobierno de Hernán Siles Zuazo (1956-1960) las tensiones en el cogobierno del MNR y de la COB se profundizaron y las distancias en el entendimiento político se hicieron cada vez más evidentes. Entre 1956 y 1957 la inestabilidad económica y el proceso inflacionario fueron las causas del descontento sindical y la ruptura del cogobierno. Asimismo, dentro del propio MNR surgieron enfrentamientos entre el ala de izquierda y el ala de derecha: “al romperse la regla no escrita de una sucesión alternada de los caudillos movimientistas en la presidencia, se quebró el principio de unidad” (Mesa, Gisbert, Mesa Gisbert, 2003:670).

Más tarde, durante el tercer mandato de Estenssoro en 1964, los problemas en el seno del MNR ocasionaron el desmoronamiento del partido lo que culminó con el periodo revolucionario y permitió el avance de los gobiernos militares en Bolivia.

Los años del gobierno revolucionario tuvieron como consecuencia que Bolivia no alcanzó la

ansiada industrialización al carecer de dos elementos claves, un mercado interno fuerte con capacidad de consumo y un ahorro interno significativo. La inserción del campesinado a la vida política no logró convertirlo en consumidor ni mejoró sustancialmente sus condiciones de vida, marcadas por una economía de autoabastecimiento (677).

El primer gobierno del General René Barrientos (1919-1969) transcurrió entre 1964 y 1965. Su presidencia estuvo marcada por una profunda actitud hostil hacia los trabajadores de las minas y el reordenamiento de la COMIBOL, lo que provocó una serie de huelgas y tensiones con la COB. Sin embargo, el mayor gesto político de su gobierno fue la creación del Pacto Militar Campesino, un instrumento de control del ámbito agrícola respaldado por las Fuerzas Armadas. Las simpatías generadas por Barrientos entre los grupos indígenas y el carisma que emanaba al hablar en quechua con los campesinos resultaron decisivos para ganarse la confianza de los pobladores del ámbito rural. Este pacto “tuvo un valor inestimable de sustentación de este régimen militar y los que le sucedieron hasta 1982” (682).

Los gobiernos militares transcurrieron en el periodo que comprende los años 1964-1982. Este momento de la historia boliviana se caracteriza por los fuertes enfrentamientos entre las masas obreras y el gobierno, la violencia y las crisis económicas. En el año 1971, no obstante, surgen dos movimientos de izquierda que intentarían pujar por el poder: el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Partido Socialista (PS). El MIR, con el devenir del relato político boliviano sería el más importante de ambos. Entre los nombres que fundaron este movimiento se encuentra el de Jaime Paz Zamora quien más adelante alcanzó la presidencia. En cuanto al PS, su fundador Marcelo Quiroga Santa Cruz, fue el nombre más relevante vinculado a este partido.

Durante este periodo se consolidó el crecimiento de Santa Cruz de la Sierra, especialmente bajo el primer gobierno de Hugo Banzer (1971-1978); se realizó un importante censo en 1976 que permite observar comparativamente un periodo prerrevolucionario -con el censo de 1950- y el posrevolucionario. El crecimiento de la población, el robustecimiento de la economía cruceña, los procesos migratorios del campo a la ciudad y la inestabilidad política son características de este momento de la historia boliviana.

En 1977, Banzer convocó a elecciones. La crisis provocada por la huelga de hambre de cuatro trabajadoras mineras, entre las que se encontraba Domitila Chungara, se hizo masiva en pocos días. El agotamiento del gobierno de Banzer se evidenció en el debilitamiento de la censura y de las restricciones sindicales que había impuesto por más de cinco años.

En los años siguientes, sucesivos golpes de estado profundizaron las crisis políticas y económicas en Bolivia. En 1980, el fundador del Partido Socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz fue apresado, torturado y asesinado. Sus restos aún continúan desaparecidos. Los crímenes de la calle Harrington en 1981 también marcan este periodo de violencia institucional. El asesinato de ocho de los nueve dirigentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria expandió el terror que caracterizó a esa época.

Asimismo, en los años 80 se expandió el negocio del narcotráfico en Bolivia. Durante el gobierno de Luis García Meza (1980-1981) los negocios del narcotráfico se masificaron y, en consecuencia, el cultivo de hoja de coca se propagó en las zonas del Chapare, los Yungas, Beni y Santa Cruz (729). La corrupción emparentada con el comercio del narcotráfico impactó en la economía boliviana.

A mediados de la década del 80 la crisis económica llegó a su punto más alto con la espiral inflacionaria que acabó en un proceso hiperinflacionario sin precedentes en Bolivia. Sucesivas devaluaciones colocaron al peso en una disparidad frente al dólar que desmoronó el nivel adquisitivo de la población.

En 1982 se abre el periodo de retorno a la democracia en un contexto de inestabilidad política y económica: “el desafío más importante fue buscar la institucionalización del sistema democrático y garantizar su permanencia en el tiempo a través de reformas esenciales” (735). La economía liberal que se imponía en el resto de los países de América Latina y en Europa provocaron un plan de ajuste que se implementaría en el marco del neoliberalismo en Bolivia a partir de 1985. Paradójicamente, fue Víctor Paz Estenssoro en su retorno al gobierno, quien como presidente implementó las medidas en el marco de la economía de mercado. El cuarto gobierno de Paz Estenssoro (1985-1989) se caracterizó por una profunda crisis económica y por la implementación del decreto 21060. Este decreto “buscó la estabilización monetaria y la derrota de la hiperinflación” (745). Fue el mismo Paz Estenssoro quien cerró definitivamente el periodo del nacionalismo revolucionario que él mismo había inaugurado desde el MNR y la Revolución de 1952. A partir de este momento, sobrevienen fuertes olas de desempleo que profundizan la pobreza en el país andino-amazónico. Las reacciones de la COB provocaron mayores episodios de tensión entre los trabajadores y el Estado.



El presidente Paz Estenssoro dando lectura del decreto 21060. Fotografía disponible en <https://econometria101.wordpress.com/2016/03/04/d-s-21060-en-bolivia/>

La migración del campo a la ciudad se profundizó y la relocalización de los trabajadores impulsó el descontento social. El estallido demográfico de La Paz provocó la creación, en 1985, de la ciudad de El Alto que rodea a la hollada. El Alto se convirtió en el lugar de llegada de los migrantes indígenas y es una de las ciudades más dinámicas en términos sociales y políticos de Bolivia hasta la actualidad.

El periodo que nos compete en este artículo se cierra con el gobierno de Jaime Paz Zamora (1989-1993). Durante su gobierno se privatizaron la compañía de teléfonos ENTEL, la línea aérea LAB (Lloyd Aéreo Boliviano), algunas empresas mineras, los ferrocarriles, entre otras importantes empresas nacionales.

De las revoluciones indígenas

Un método para el análisis de los acontecimientos históricos que se han desarrollado en Bolivia, es el creado por Silvia Rivera Cusicanqui a partir de las nociones de Ernst Bloch. Como ya mencionamos con anterioridad, el postulado de Bloch refiere a lo que luego Rivera Cusicanqui (2010b) llamará contradicciones no coetáneas. Con el afán de intentar resolver esas contradicciones no coetáneas, es decir, estos tiempos “desplazados” o

“desencontrados”, en definitiva, con la “contemporaneidad de lo no contemporáneo” (Sanjinés, 2009), Rivera Cusicanqui introduce, en sus estudios referidos a la historia de Bolivia, las nociones de historia larga e historia corta. Esta distinción entre historia larga e historia corta facilita la comprensión del complejo devenir histórico boliviano ya que relaciona, hace dialogar, acontecimientos ocurridos antes, incluso, del periodo republicano iniciado en Bolivia en el año 1825 -con la emancipación de la corona de España- y acontecimientos más próximos en el tiempo a nuestra contemporaneidad. Se trata de un esfuerzo puesto en la organización de eventos políticos y sociales que repercuten en acontecimientos posteriores.

Desde esta propuesta teórica, el ciclo colonial y el republicano no quedan cristalizados en el tiempo, sino que contribuyen a la comprensión de la compleja densidad histórica boliviana del siglo XX y del siglo XXI.

Los movimientos indígenas comienzan a articularse políticamente desde los tiempos de Tupaj Katari y Bartolina Sisa en el siglo XVIII, los cuales marcan una trayectoria de rebeliones que posibilita observar los nexos que relacionan los acontecimientos del pasado con los de tiempos posteriores. En efecto, las revueltas indígenas protagonizadas por Julián Apaza (Tupaj Katari) y su esposa Bartolina Sisa, oriundos ambos de la provincia de Aroma, se unen simbólicamente con el levantamiento de Pablo Zárate Willka, también nacido en Aroma, quien fuera el promotor de la rebelión indígena de 1899. Zárate Willka fue el líder del levantamiento que cercó a la ciudad de La Paz, evento que clausuró el ingreso de provisiones para los habitantes de la ciudad. El cerco a La Paz ha quedado grabado en la memoria colectiva de los paceños, pero, también, de los bolivianos de otras regiones que, en otros periodos históricos, recurren a ese recuerdo en la medida en que las tensiones con los indígenas del Altiplano se agudizan (González Almada, 2017).

Asimismo, en el devenir de la historia larga que diseña Silvia Rivera Cusicanqui aparece el nexo que relaciona estos hechos con acontecimientos que se articulan y diseminan en la segunda mitad del siglo XX. El surgimiento del movimiento katarista-indianista en los años 1970 tiene su

antecedente, desde esta vertiente teórica, con los eventos del siglo XVIII y de fines del siglo XIX.

La historia corta del movimiento indígena se condensa en un periodo de tiempo más circunscripto y atomizado en los años posteriores a la Revolución del 52. Uno de los efectos de la Revolución, como ya mencionamos, fue el desvanecimiento de la identidad indígena metamorfoseada en identidades de clase:

la implementación del sindicalismo agrario paraestatal de 1952 sobre los sistemas de autoridad comunal, generó una “des-indianización” política que coincide sincrónicamente con procesos análogos en otros estados latinoamericanos (Errejón Galván, Espadín López, Iglesias Turrión, 2007:130).

Esta “des-indianización” tiene que ver con la “subsunción de la diferencia dentro de las categorías inclusivas de la nueva ciudadanía” (130), es decir, que las propias políticas del Estado difuminaron las identidades indígenas. No obstante, esto no impidió que los movimientos indígenas adoptaran estrategias ligadas con la historia larga pero adaptadas a las circunstancias que requerían los acontecimientos políticos del presente.

El abandono, por parte del gobierno, de la preocupación por el problema étnico, produjo mayor tensión en la relación entre el Estado y los indígenas. Más tarde, las consecuencias del Pacto Militar Campesino iniciado en 1964 por el General Barrientos, y luego de la muerte de este en 1969, aceleraron los procesos de descontento entre el gobierno y los indígenas. En efecto, las complejas relaciones entre los diversos gobiernos republicanos impactaron fuertemente en las acciones y articulaciones políticas indígenas. En un repaso de estas dinámicas en torno al poder, Silvia Rivera Cusicanqui en *Oprimidos pero no vencidos* (2010a) afirma que

Las alianzas verticales entre la élite campesina y la élite vecina de los pueblos asumen la forma del faccionalismo sindical y político, con una facción nacionalista u oficialista, que se alía con el barrientismo y los regímenes militares del 60 y 70, y una facción izquierdista que pugna en la clandestinidad hasta el breve interludio democrático de 1970-1971, para volver a sumergirse durante la dictadura de Banzer, aunque reteniendo un notable poder informal de aglutinamiento de intereses políticos y económicos. Así, la lucha por un acceso campesino autónomo al mercado, que permita rearticular los intereses de clase del campesinado, contra el poder mercantil y político de los intermediarios y camioneros, tropezará durante la apertura democrática de Torres (1971), con la alianza tácita de todos los sectores que extraían excedentes del campesinado pobre y medio

mayoritario (Lagos, 1988:221 y ss.). Poco después, esta alianza se sellará políticamente con el golpe del Gral. Banzer (1971-1977) (46).

Uno de los conflictos que acentúan las fricciones entre el Estado y los indígenas tiene que ver con el aspecto económico. El enfrentamiento entre las formas de mercado y comercialización capitalista y los circuitos de producción, distribución y comercialización de las comunidades indígenas fue el detonante para la huelga en Tolata de 1974 y la posterior represión por parte de las fuerzas estatales lideradas por el General Banzer. El conflicto, profundamente emparentado con las relaciones establecidas en el pacto militar campesino⁹, llevó a una masacre que exponía, como otras¹⁰, la imposibilidad de establecer relaciones equilibradas entre las masas indígenas y el Estado.

Estas tensiones revelan una problemática que atraviesa el planteo de este apartado: la sindicalización de los indígenas, impuesta desde arriba y desde fuera de las comunidades, se opone a la estructura política de los ayllus¹¹ (Rivera Cusicanqui, 2010a; Platt, 1988). Asimismo,

el sindicalismo no constituyó -ni antes ni después de 1952- una modalidad universal de organización de la población rural. Salvo en el caso de Cochabamba, que desarrolló una temprana actividad sindical para combatir el dominio de la hacienda, en el Altiplano y en el Norte de Potosí predominaban las formas comunales tradicionales de organización (Rivera Cusicanqui, 2010a: 161).

De modo que, tanto el Pacto Militar-Campesino cuanto la organización sindicalista que se propagó por las comunidades aymaras, acarrearón graves problemas de organización política y social entre sus integrantes. No obstante, “este control y subordinación del movimiento sindical campesino

⁹ El pacto militar campesino suponía la subordinación de las organizaciones sindicales al Estado acentuando una estructura vertical y autoritaria que se oponía a las formas de organización política tradicionales.

¹⁰ En la historia de Bolivia existen numerosos ejemplos de enfrentamientos entre el Estado y movimientos mineros y/o campesinos en pugna por amplitud de consideraciones a sus reclamos económicos y políticos.

¹¹ El diseño territorial en la región andina responde a un complejo entramado que comprende a *markas*, *ayllus* y *suyus*. El *ayllu* “es un sistema organizativo multisectorial y multifacético, una institución andina (...) siendo un espacio territorial unitario, se desdobra en dos parcialidades de “Araja-Aynacha” (dualidad), en el encuentro y la unidad de ambos se expresa un tercer elemento como “Taypi” (trilogía doble) (...). Este sistema está regido por una autoridad política pareada (pareja) de “Tata-Mama Jilaqata”, coadyuvado por los “Yapu-Uywa Qamana” (autoridades de la producción) y los “Yatiri/Chamakani” (autoridades de la cosmovisión andina) (Yampara, 2001:69).

a la institución militar, no pudo imponerse homogéneamente y sin conflictos sobre la heterogénea población rural” (170).

Impulsados por las necesidades económicas y los nuevos desafíos que se presentan hacia fines de los años 60, jóvenes aymaras de la provincia de Aroma se dirigen a la ciudad de La Paz a realizar sus estudios secundarios y luego universitarios. El movimiento katarista surge a partir de la reunión de varias circunstancias que conspiran positivamente para su desarrollo. El primer desplazamiento tiene que ver con el tránsito de los jóvenes aymaras por las escuelas secundarias de la ciudad de La Paz. Es en la escuela Gualberto Villaroel donde se encuentran e, incipientemente, comienzan a formar el movimiento “15 de Noviembre”¹². Javier Hurtado en *El katarismo* ([1986]2016) afirma que

este movimiento funcionaba como una especie de secta secreta dedicada al estudio y discusión del pasado propio. Empiezan a reinterpretar la historia boliviana criolla desde la perspectiva india; redescubren las figuras de Tupaj Katari, Bartolina Sisa, Zárate Willka; reflexionan asimismo sobre la discriminación cotidiana que sufren en el exilio de la ciudad (62).

El movimiento “15 de Noviembre” estaba integrado por Constantino Lima, Raymundo Tambo, Juan Rosendo Condon, Clemente Ramos, Antonio Quispe Mamani, Justo Canaviri, Claudio Payvi, Irineo Apaza y Crispín Quispe (64). Más tarde, al finalizar el bachillerato y ya en la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz

los estudiantes campesinos de Aroma impulsaron la formación del Movimiento Universitario Julián Apaza (MUJA). Este frente universitario tenía por objetivo luchar contra la segregación racista del sistema universitario. Por su parte, los catedráticos y los alumnos mestizos y criollos se propusieron asimismo divulgar los problemas del campo. El MUJA viene a ser el brazo universitario del katarismo y relevó al Movimiento 15 de Noviembre, que desapareció (64).

De modo que los contextos educativos contribuyeron a que los jóvenes aymaras se dedicaran a examinar y profundizar sus estudios sobre el pasado de su cultura y, también, a estrechar lazos con la tradición de las rebeliones indígenas del pasado. Como originarios de la provincia de Aroma, que había sido el lugar de nacimiento de varios héroes y heroínas indígenas como

¹² Los jóvenes aymaras toman la fecha 15 de noviembre como denominación del grupo, en homenaje a la fecha de fallecimiento del líder indígena Julián Apaza Nina mejor conocido como Tupaj Katari muerto el 15 de noviembre de 1781.

Zárate Willka, Bartolina Sisa, Tupaj Katari, entre otros, los jóvenes robustecieron el imaginario rebelde de esta zona del altiplano boliviano.

Un segundo desplazamiento contribuye a estrechar los lazos entre los aymaras de Aroma: el retorno a las comunidades luego de haber completado los estudios universitarios, profundiza los lazos políticos y simbólicos con la comunidad. Así, pronto se convierten en líderes que desarrollan sus actividades políticas en el marco del sindicato y en el marco de las organizaciones políticas ancestrales que rige la comunidad:

a fines de los años sesenta, muchos de estos jóvenes que habían salido bachilleres en la ciudad, realizado el servicio militar y estudiado en la universidad, regresaban a sus comunidades de origen y formaban nuevas familias. Con ello cumplían parte importante de los requisitos que la tradición exige para poder ser dirigentes. Se iba, pues, configurando imperceptiblemente una especie de ruptura con el viejo sindicalismo del 52 (65).

El tercer desplazamiento tiene que ver con un retorno al ámbito urbano, pero en calidad de dirigentes sindicales. Entre los líderes kataristas se destaca Jenaro Flores. La trayectoria política de Flores se puede resumir en unos pocos años de intenso trabajo militante. Nacido en 1941 en Collana, provincia de Aroma en el departamento de La Paz, Flores realizó los desplazamientos antes mencionados por los integrantes del grupo “15 de Noviembre”. Si bien era más joven que aquellos, el accionar del grupo y de Raymundo Tambo en particular, fue estratégico en el desarrollo de la figura de Jenaro Flores. Su desempeño en el desarrollo sindical fue expandiendo las fronteras de las comunidades del altiplano y el trabajo de Jenaro Flores se difundió ampliamente.

A fines de 1969, Jenaro Flores es elegido Secretario General de su comunidad, Antipampa-Collana y al poco tiempo lo es de la subcentral. En marzo de 1970 se realiza un congreso sindical de la provincia Aroma, en la localidad de Ayo-Ayo. (...) Aquel memorable congreso puede considerarse como la cuna del katarismo a nivel sindical (67).

A partir del katarismo, los indígenas del altiplano comienzan a resquebrajar el pacto militar campesino y empiezan a cuestionar con mayor énfasis el desarrollo de los gobiernos militares. Los kataristas, en el plano de su organización, acertaron al no alejarse de sus respectivas comunidades y al vincular los conocimientos adquiridos en las instituciones académicas a las matrices de conocimiento ancestral. Esto provocó que dos brazos de lucha

se fueran fortaleciendo: la organización sindical y la organización tradicional. Es, posiblemente, una de las singularidades que distinguen a este movimiento de otros movimientos indígenas.



Jenaro Flores fue uno de los dirigentes kataristas más carismáticos. (Hurtado, 2016:378)

Según el investigador Víctor Hugo Cárdenas (1988) el movimiento katarista se funda a partir de tres corrientes que aparecieron sucesivamente: la cultural, la sindical y la política. La primera tiene que ver con la creación del Centro Campesino Tupaq Katari, fundado a mediados de 1971. En él se reunieron los aymaras para

construir una gran sede social compuesta de albergues, comedores, mercados para comercializar los productos agropecuarios y conseguir una radio y un auditorio para promover la música, arte y literatura oral aymara (523-525).

En este contexto, dos años después, en 1973, jóvenes aymaras, profesionales y universitarios, se reunieron en Tiwanaku y suscribieron el Manifiesto de Tiwanaku que se distribuyó clandestinamente en todo Bolivia. Este documento propone exponer la situación de explotación y de colonialismo que las masas aymaras padecían. Lo interesante de este Manifiesto es que

exhibe la articulación política que los indígenas lograron durante este periodo y el reconocimiento del cambio de circunstancias:

Bolivia está entrando en una nueva etapa de su vida política, una de cuyas características es la del despertar de la consciencia campesina. Al acercarnos a un periodo preelectoral, una vez más se acercarán los políticos profesionales al campesinado para recabar su voto y una vez más lo harán con engaños y falsas promesas. La participación política del campesinado debe ser real y no ficticia. Ningún partido podrá construir el país sobre el engaño y la explotación de los campesinos. Nosotros, los propios campesinos, lejos de todo afán partidista y pensando únicamente en la liberación de nuestro pueblo, queremos exponer en este Documento aquellas ideas que juzgamos fundamentales en el ordenamiento económico, político y social del país (Primer Manifiesto de Tiwanaku, 1973:327).

De esta cita se desprenden dos cuestiones a destacar: la primera tiene que ver con las denominaciones que permean la identidad indígena. Es evidente que, luego de la Revolución del 52, hasta los propios sujetos que se construyen como enunciadores en el Manifiesto se autodenominan campesinos. Hay allí una autoadscripción que refiere a una actividad económica, el trabajo agrícola, y a una región particular del país, el altiplano. En segundo lugar, es preciso destacar que quienes firman el documento son asociaciones o centros, es decir, que se privilegia el valor de un sujeto colectivo y no de individualidades. Esta decisión política robustece la oposición con las estrategias unipersonales muchas veces puestas en práctica por lo que el documento denomina como “políticos profesionales”. Por tanto, lo político se entiende de modo diferente desde el accionar comunitario. Los firmantes del Manifiesto son el Centro de Coordinación y Promoción Campesina MINKA, el Centro Campesino Tupaj Katari, Asociación de Estudiantes Campesinos de Bolivia y la Asociación Nacional de Profesores Campesinos.

La segunda corriente del movimiento katarista según el análisis de Víctor Hugo Cárdenas (1988) es la sindical. Posiblemente es una de las más fuertes y provocadoras líneas del katarismo condensada en la figura de Jenaro Flores a partir de 1971. En junio de 1979, Flores fue elegido en el Congreso de Unidad Campesina como secretario ejecutivo de la Confederación Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB). El congreso “significó la unidad del campesinado con los trabajadores mineros, fabriles, petroleros, estudiantes y maestros del país agrupados en la COB” (527).

Los orígenes de la CSUTCB se remontan a las primeras décadas del siglo XX. A finales de los años '30 y principios de los '40, las diferentes agrupaciones indígenas se unieron, creando una alianza que luego acabaría en una incipiente formación sindical. Esta agrupación, no difiere demasiado de las organizaciones ancestrales que ya existían en el seno de las comunidades y que venían utilizando las estrategias de lucha que los indígenas desde hace siglos implementaban (García Linera, Chávez León, Costas Monje, 2005).

En 1942, el movimiento indígena buscó establecer relaciones con la Confederación Sindical de Trabajadores, incorporándose a las Federaciones Obreras en una posición periférica ocupando la Secretaría de Asuntos Indígenales. Más tarde, durante el período de las insurrecciones de 1952, el movimiento indígena iniciará el Pacto Militar-Campesino quedando bajo la tutela del Estado lo que no implicará un decaimiento en su autonomía organizativa, identitaria y discursiva a nivel regional. Sin embargo, los movimientos abandonarán esta actitud para con el Estado, luego de que el gobierno militar de Barrientos (1966-1969) intentara cobrar un Impuesto Único Agropecuario (García Linera, Chávez León, Costas Monje, 2005). De este modo, el movimiento comenzará a tomar una posición más organizada, surgiendo diferentes asociaciones sindicales. La más fuerte de ellas será el movimiento katarista e indianista, que, como ya mencionamos, tuvo sus inicios en los años '60-'70. Impulsado por un grupo de intelectuales aymaras que habían disfrutado de los beneficios de la educación, pero que también habían sufrido los embates de la discriminación en la ciudad de La Paz, este movimiento tiene sus raíces ideológicas en el sindicalismo tradicional y en las figuras simbólicas y es consecuencia de la reforma educativa, la reforma agraria y la apertura política de participación.



El sindicalismo campesino asumió en gran medida los modos, prácticas y procedimientos del sindicalismo obrero (Hurtado, 2016:379).

La Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), surge en el marco del congreso convocado por la Central Obrera Boliviana para la unidad campesina en 1979, lo cual fortaleció aquellas formas de frágil sindicalismo. La CSUTCB plantea un proyecto social-estatal alternativo, donde se rescatan los elementos políticos, sociales y económicos de las comunidades, sin la exclusión del no-indio y del mestizo. La CSUTCB plantea una “propuesta que busca reemplazar el actual sistema por un régimen de poder indígena, en el que se rescatan elementos de organización política, económica y social de las comunidades” (García Linera, Chávez León, Costas Monje, 2005:194). Los grupos indígenas que integran la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos conservan, en algún grado, sus características culturales vinculadas a las comunidades. Como consecuencia de la discriminación constante padecida desde el período colonial, la propuesta de la CSUTCB fomenta el desocultamiento de las identidades al abandonar el camuflaje lingüístico y cultural impuesto por el Estado-nación.

En esta corriente sindical, adquiere importancia el ala femenina de la CSUTCB. La Federación Nacional de Mujeres Campesinas de Bolivia “Bartolina Sisa” (FNMCB-BS), que se encuentra afiliada a la CSUTCB,

surge como una organización subsidiaria de esta, a nivel nacional, departamental y regional y de centrales campesinas. Su nombre, Bartolina Sisa, lo toman de la compañera de Tupaj Katari quien luchó en los enfrentamientos contra el sistema colonial a fines del siglo XVIII. Esta federación de mujeres aspira a una participación organizada e independiente del accionar masculino; la organización sindical y política defiende la posición de sus integrantes como mujeres y como campesinas. Surgió en 1979, a partir de numerosos bloqueos de carreteras en los cuales tuvieron una participación activa.



La creación de la Federación de Mujeres Campesinas “Bartolina Sisa” representó una importante innovación para el movimiento sindical campesino (Hurtado, 2016:381).

Tanto en la CSUTCB cuanto en la FNMCB-BS los espacios de discusión son horizontales. Anualmente, se realizan congresos, asambleas y cabildos. El congreso es la instancia máxima de decisión y de elección de dirigentes. Uno de los reclamos más importantes de la FNMCB-BS es la obtención de tierras en igual número que para los hombres. Asimismo, comparten con las otras Federaciones el pedido no solo de tierras, sino también de la Asamblea Constituyente y el de la titulación que consiste en nombrar esas tierras de

manera legal para los nuevos propietarios (García Linera, Chávez León, Costas Monje, 2005).

Desde el punto de vista agrario, la Reforma de 1952 logró la apropiación de tierras del altiplano y del valle, procediendo luego a su parcelación y distribución entre los campesinos. Sin embargo, esto no sucedió en todo el territorio boliviano. Las tierras bajas y del Chaco quedaron aisladas de este proceso y protegidas por los grandes terratenientes asociados al poder político. De este modo, con el pasar de los años, esas tierras permanecieron intocables y en manos de unos pocos. En los años que siguieron fue posible visualizar que, en el occidente boliviano, las poblaciones campesinas-indígenas pugnaban por mayor número de tierras, mientras que en el oriente y en el Chaco gran número de hectáreas eran apropiadas por las élites oligárquicas de la región y por las élites empresariales de occidente guiados por intereses de acumulación y expansión del capital (García Linera, Chávez León, Costas Monje, 2005). Alrededor de los años '90, en el mapa de Bolivia se podían identificar dos realidades diferentes con respecto a la tierra: en la parte occidental, en el altiplano, un gran número de hectáreas estaban divididas en pequeños sectores, para un gran número de familias campesinas; en la parte oriental, de tierras bajas, grandes extensiones de tierra pertenecían a un reducido número de propietarios¹³.

La tercera corriente dentro del katarismo que identifica Cárdenas en “La lucha de un pueblo” (1988) es la política. A partir de este movimiento comienzan a nuclearse pequeñas agrupaciones que luego, en algunos casos, devendrán partidos políticos. Algunos de ellos son: el Partido Indio de Bolivia (PIB), el Partido Indio de Aymaras y Qhishwas (PIAQ), Partido Indio del Kollasuyu (PIK). Todas estas agrupaciones estaban integradas por estudiantes y profesionales aymaras. Pese a que con el discurrir del tiempo muchas de ellas se desarticulaban, es preciso destacar el legado de Fausto

¹³ Según el Instituto de Reforma Agraria, hasta el año 2002, del total de la superficie distribuida, el 50 % estaba en manos de empresas medianas y grandes, que representaban el 14 % de los beneficiarios, en tanto que el 33% de los beneficiarios, campesinos parcelarios, controlaban el 5% de la superficie. Entre propiedad comunitaria y Tierras Comunitarias de Origen (TCO) que abarcan al 48% de los beneficiarios, tenían el 41% del total distribuido. Instituto Nacional de Reforma Agraria, Estadísticas Agrarias, *Tenencia de la Tierra en Bolivia (1953-2002)*, La Paz, 2002 en García Linera, Chávez León, Costas Monje, 2005:544.

Reinaga, fundador del PIB, ya que sus escritos y tesis india influirán en algunas líneas del pensamiento aymara posteriores.

Sin embargo, aunque el movimiento katarista se desarrolló en la articulación de las corrientes cultural, sindical y política, en el periodo que estamos tratando en este capítulo, no estuvieron exentos de los abusos de los gobiernos civiles y militares. En *Oprimidos pero no vencidos* (2010a) Silvia Rivera Cusicanqui afirma que

Las masacres preventivas que han caracterizado la etapa oligárquica pre-52 se reeditan nuevamente en Tolata, Epizana y Melga en enero de 1974, en El Alto y las laderas de La Paz en Todos Santos de 1979, en Amayapampa y Capacirca en navidad de 1996 (...) (34).

Por lo tanto, las tensiones con los movimientos indígenas fueron una constante que interpelaba a los diversos gobiernos republicanos.

Durante los años 80 y 90 del siglo XX, la corriente sindical del movimiento katarista se desarticuló e intentó ser cooptada por los diversos movimientos de izquierda. Con el liderazgo de Felipe Quispe en la CSUTCB, el movimiento da un vuelco que Silvia Rivera Cusicanqui (2010a) denomina como “modernizante” que se plantea a partir del pedido al gobierno de tractores y otros implementos para el trabajo agrícola. La corriente política del katarismo, por su parte, se difuminó formando parte de las bases de algunos partidos que “se apropiaron de sus símbolos y sus discursos” (24).

En 1990, se desplegó una masiva movilización indígena de las tierras bajas que se denominó Marcha por el Territorio y la Dignidad. El objetivo de esta marcha fue el reclamo de tierras que asumían como propias. De acuerdo al análisis de Rivera Cusicanqui

las diversas organizaciones del campesinado andino y de los pueblos indígenas del oriente parecían polarizadas en dos corrientes: la de aceptar una ciudadanía de segunda y un esquema subalterno de acceso a la esfera política, a contrapelo de su propio itinerario de confrontaciones y demandas hacia el Estado y la sociedad, o la de articular su propia fuerza política en un proceso de autodeterminación, que terminará por confrontar al país todo con el dominio colonial del Imperio y sus corporaciones (35).

Finalmente, en la década del 90, el protagonismo de las organizaciones indígenas se traslada del altiplano a la región del Chapare en Cochabamba en organizaciones sindicales que se nuclean alrededor de la actividad de plantación de la hoja de coca. Como consecuencia del decreto 21060 y de la

explosión del comercio del narcotráfico, miles de campesinos se trasladan a la zona del trópico en procura de nuevos recursos que posibiliten una mejora en su calidad de vida. Estos movimientos migratorios, su articulación sindical y política repercutirán a lo largo de la década del 90 y a comienzos del siglo XXI.



Culturalmente, el katarismo significó una denuncia de las prácticas racistas habituales, sobre todo, en ámbitos urbanos (Hurtado, 2016: 381).

Consideraciones finales

En el periodo que hemos considerado para el estudio de la historia de Bolivia del siglo XX, han quedado expuestas las tensiones y las inestabilidades que componen el núcleo social y político boliviano. No se trata de fenómenos sencillos de analizar y es por ello que, en este capítulo, nos detuvimos en el desarrollo histórico en el marco del estado republicano, pero, también, en la historización de los movimientos indígenas, sus luchas y reivindicaciones.

Los procesos revolucionarios que se identifican en este periodo son dos: la propia Revolución de 1952, con su alcance nacional -aunque de manera desigual- y las microrevoluciones protagonizadas por los sujetos indígenas.

Pese a que es posible considerar a los movimientos indígenas como interpeladores constantes del gobierno, ha quedado evidenciado en este texto el modo en el cual las organizaciones indígenas se han articulado entre ellas y han logrado generar un foco de poder que, de todos modos, los diversos gobiernos no pudieron ignorar. Mediante instrumentos de violencia muy arraigados en la relación Estado/sindicatos y movimientos indígenas, los gobiernos republicanos intentaron desoír los reclamos del katarismo y de la CSUTCB. Sin embargo, una nueva articulación política emanada de los movimientos indígenas se avecina para la historia boliviana de fines del siglo XX y principios del siglo XXI.

Asimismo, en este capítulo, hemos querido exponer la complejidad que revisten los hechos histórico-políticos en Bolivia, dado no solamente por el componente étnico que caracteriza al país andino-amazónico, sino que también esta complejidad refiere a la organización teórico-metodológica que los investigadores deben poner en juego a la hora de analizar y organizar el devenir histórico de Bolivia. Un análisis riguroso del periodo trabajado no podía desplazar el relato de las luchas indígenas, de sus reclamos y de sus particulares formas de exponerlos en la palestra política boliviana.

Luis Antezana en el prólogo que presenta a la primera edición de *Oprimidos pero no vencidos* ([1984]2010a) de Silvia Rivera Cusicanqui afirma

Habría nomás, como Alicia, que pasar al otro lado del espejo: allí donde sucede la “otra” historia. Aquella que, más aquí y más allá de la humillación, la derrota y el abandono, busca y construye una pluralidad de sentidos donde se disemina la riqueza de la diversidad: “la fiesta de la plebe” que tanto teme el poder (Antezana, 2010a:11).

La densidad de los eventos que componen la historia de Bolivia imponen a estos estudios un principio de creatividad en los métodos que impactará en el análisis de los relatos históricos. En ese sentido, la apelación que hemos realizado a dos figuras literarias como lo son el palimpsesto y la paradoja robustecen la evidencia del complejo entramado histórico-político que presenta Bolivia. La historia de las insurrecciones indígenas, que subyace al relato “oficial” de la historia boliviana se metaforiza en el palimpsesto, escritura que, como ya mencionamos, expone las escrituras pasadas pese a su borramiento, al intento de desaparición. La paradoja expone tensiones que conviven, que se contradicen pero que, en definitiva, generan nuevos

sentidos. La “contemporaneidad de lo no contemporáneo” o las “contradicciones no coetáneas” son formas paradójicas de pensar el particular modo en el que se organizan los tiempos, históricos y también experienciales, que se presentan en Bolivia. Es por ello que postulamos, en el marco de la historización que proponemos, una reunión tanto de la historia del estado republicano cuanto de los movimientos indígenas en el periodo que nos compete en este capítulo. La lectura desde las figuras de los palimpsestos y las paradojas en los eventos histórico-políticos de la nación, posibilitarán develar los sentidos más profundos de la historia de Bolivia.

Referencias bibliográficas

AA.VV. **Bolivia en 1900. Censo general de la población de la República de Bolivia, según el empadronamiento de 1 de septiembre de 1900.** Sucre: Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, 2012.

AA.VV. Primer manifiesto de Tiwanaku. En: HURTADO, Javier, **El katarismo.** La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, [1973]2016.

AA.VV. CSUTCB. Tesis política. En: RIVERA CUSICANQUI, Silvia. **Oprimidos pero no vencidos. Las luchas del campesinado aymara y quechwa 1900-1980.** La Paz: La mirada salvaje, [1983]2010.

AGUIERREZ, Oscar Martín. **Palimpsesto profano. La escritura de Washigton Cucurto.** Tucumán: IIELa-FFyL-UNTucumán, 2016.

AILLÓN, Esther. **El pensamiento universitario en Charcas y el 25 de mayo de 1809 y 1810.** Sucre: Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia-Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, 2010.

ALBÓ, Xavier. **Pueblos indios en la política.** La Paz: Plural-CIPCA, 2002.

_____ (comp.) **Raíces de América: el mundo Aymara.** Madrid: UNESCO-Alianza editorial, 1988.

ANTEZANA, Luis H. Prólogo a la primera edición. En: RIVERA CUSICANQUI, Silvia, **Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechwa 1900-1980.** La Paz: La mirada salvaje, 2010.

ARZE CUADROS, Eduardo. **El programa del MNR y la Revolución Nacional. Del movimiento de Reforma Universitaria al ocaso del modelo neoliberal (1928-2002).** La Paz: Plural, 2002.

BAPTISTA GUMUCIO, Mariano. **Historia Contemporánea de Bolivia, 1930-1978.** La Paz: Gisbert y Cía. S.A., 1980.

BARRAGÁN, Rossana. **Más allá de lo mestizo, más allá de lo aymara: organización y representaciones de clase y etnicidad en el comercio de la calle y las calles del comercio en la ciudad de La Paz hoy.** En: Revista América Latina hoy, n° 43, Salamanca, 2006.

CÁRDENAS, Víctor Hugo. La lucha de un pueblo. En: ALBÓ, Xavier (comp.), **Raíces de nuestra América: el mundo Aymara.** Madrid: Unesco-Alianza editorial, 1988.

CHATERJEE, Partha. **La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos.** Buenos Aires: Siglo XXI-CLACSO, 2008.

CRUZ RODRÍGUEZ, Edwin. **Identidades indígenas y etnonacionalismo en los Andes. Los casos de Bolivia y Ecuador.** En: Revista de História Comparada, vol. 6, n° 2, Rio de Janeiro, 2012.

DE BLAS, Patricio; DE LA PUENTE, José; SERVIÁ, María Jesús; ROCA, Enrique; RIVAS, Ricardo A. **Historia Común de Iberoamérica.** Madrid: EDAF, 2000.

ERREJÓN GALVÁN, Íñigo; ESPASANDÍN LÓPEZ, Jesús; IGLESIAS TURRIÓN, Pablo. **El regreso de Túpac Katari. Bolivia y los procesos de transformación global del capitalismo.** En: Revista Tábula Rasa, n° 7, Bogotá, 2007.

FINOT, Enrique. **Nueva Historia de Bolivia, de Tiwanaku al siglo XX.** La Paz: Gisbert y Cía. S. A, 1980.

_____. **Historia de la literatura boliviana.** México DF: Porrúa Hnos. y Cía., 1943.

FRANCOVICH, Guillermo. **El Pensamiento boliviano en el siglo XX.** México: Fondo de Cultura Económica, 1956.

GARCÍA LINERA, Álvaro (coord.). **Sociología de los movimientos sociales en Bolivia. Estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política.** La Paz: Diakonia-Oxfam, 2005.

GENETTE, Gerard. **Palimpsestos. La literatura en segundo grado.** Madrid: Taurus, 1989.

GONZÁLEZ ALMADA, Magdalena. “La patria de la plebe en acción”: configuraciones literarias de la rebelión en la narrativa boliviana de los siglos XX y XXI. Una lectura crítica a partir de Zavaleta Mercado. En: Luis Tapia (comp.). **Pensando América Latina a partir de René Zavaleta**. La Paz: Autodeterminación, 2017.

_____. Entrevista a Silvia Rivera Cusicanqui: “La literatura tiene una capacidad más libre, por la vía imaginaria, de dar en el clavo de lo no dicho”. En: Revista SILABARIO, año XVII, n° 17/18, Córdoba, 2015.

_____. **El sujeto nacional en la narrativa boliviana. Una lectura en torno a “Aluvión de fuego” de Oscar Cerruto**. Villa María: EDUVIM, 2014.

GUTIERREZ AGUILAR, Raquel. **Los ritmos del Pachakuti. Movilización y levantamiento indígena-popular en Bolivia**. Buenos Aires: Tinta Limón, 2008.

HEREDIA, Pablo. **El suelo. Ensayos sobre regionalismos y nacionalismos en la literatura argentina**. Córdoba: FFyH-UNC, 2005.

HURTADO, Javier. **El katarismo**. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2016.

KLEIN, Herbert S. **Historia de Bolivia**. La Paz: G.U.M, 2008.

_____. **Orígenes de la Revolución Nacional Boliviana. La crisis de la Generación del Chaco**. La Paz: Juventud, 1995.

LÓPEZ, Luis Enrique; REGALSKY, Pablo (edts.) **Movimientos indígenas y Estado en Bolivia**. La Paz: PROIEB-CENDA-Plural, 2005.

LORA, Guillermo. **Formación de la clase obrera boliviana**. La Paz: Masas, 1980.

MENDIETA, Pilar. **Entre la alianza y la confrontación. Pablo Zárate Willka y la rebelión de 1899 en Bolivia**. La Paz: Plural-IFEA, 2010.

MESA, José de; GISBERT, Teresa; MESA GISBERT, Carlos D. **Historia de Bolivia**. La Paz: Gisbert, 2003.

MONTENEGRO, Carlos. **Nacionalismo y coloniaje**. La Paz: Juventud, 1998.

OLIVEIRA ANDRADE, Everaldo de. A Revolução Boliviana. En: QUINTEROS, Marcela Cristina; VIEL MOREIRA, Luiz Felipe (orgs.). **As Revoluções na América Latina contemporânea**. Maringá: UEM-PGH-Historia, 2016.

PIÑEIRO INÍGUEZ, Carlos. **Desde el corazón de América. El pensamiento boliviano en el siglo XX**. La Paz: Plural, 2004.

PLATT, Tristan. Pensamiento político Aymara. En: Albó, Xavier (comp.). **Raíces de América: el mundo aymara**. Madrid: Unesco-Alianza editorial, 1988.

REVILLA ORÍAS, Paola. **La autonomía revolucionaria de la Real Audiencia de Charcas hacia 1809: cimientos de un Estado independiente**. Sucre: Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, 2010.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia. **Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y qhechwa 1900-1980**. La Paz: La mirada salvaje, 2010a.

_____. **Violencias (re)encubiertas en Bolivia**. La Paz: La mirada salvaje, 2010b.

ROBINS, Nicholas; BARAHONA, Michel Rosario (eds.). **Mitos expuestos. Leyendas falsas de Bolivia**. Cochabamba: Ciencia Editores, 2014.

SANJINÉS, Javier. **Rescaldos del pasado. Conflictos culturales en sociedades postcoloniales**. La Paz: Plural, 2009.

SEGATO, Rita Laura. **La Nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad**. Buenos Aires: Prometeo, 2007.

SOUX, María Luisa. **La Paz en su ausencia. El mundo femenino y familiar en La Paz durante el proceso de Independencia, 1780-1825**. La Paz: Gobierno Municipal de La Paz, 2008.

SOUZA CRESPO, Mauricio. Las figuras del tiempo en la obra de René Zavaleta Mercado. En: ZAVALETA MERCADO, René. **Obra completa. Tomo II: ensayos 1975-1984**. La Paz: Plural, 2013.

THOMSON, Sinclair. **Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia**. La Paz: Muela del Diablo-Aruwiyiri, 2007.

TICONA ALEJO, Esteban (comp.). **Los Andes desde los Andes. Aymaranakana, Quichwanakana yatxatawipa, Lup'iwipa**. La Paz: Yachaywasi, 2003.

WAHREN, Cecilia. **Encarnaciones de lo autóctono. Prácticas y políticas culturales en torno a la indianidad en Bolivia a comienzos del siglo XX**. Buenos Aires: Teseo-Universidad de San Andrés, 2016.

YAMPARA, Simón. **El ayllu y la territorialidad en los Andes. Una aproximación a Chambi Grande**. La Paz: INTI-CADA-UPEA, 2001.

ZAVALETA MERCADO, René. Las masas en noviembre. En: **Obra completa. Tomo II: ensayos 1975-1984**. La Paz: Plural, 2013.

ZEGADA, María Teresa; KOMADINA, Jorge. **El espejo de la sociedad. Poder y representación en Bolivia**. La Paz: Biblioteca CERES-Plural, 2014.

Documentos electrónicos

FEDRIANI MARTEL, Eugenio. Paradojas: entre el lenguaje y la ciencia. En: A Journal of the Céfiro Graduate Student Organization, 2003. Disponible en: <file:///C:/Users/HP/Downloads/Dialnet-Paradojas-2540512.pdf>

PRÓSPERI, Germán Osvaldo. El texto como palimpsesto. Reflexiones en torno a la lectura literaria. En: Revista Chilena de Literatura, n° 93, 2016. Disponible en: <http://revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/viewArticle/44356/46440>

Adaptación de las fotografías para el texto: Jorge Peñaranda Álvarez.